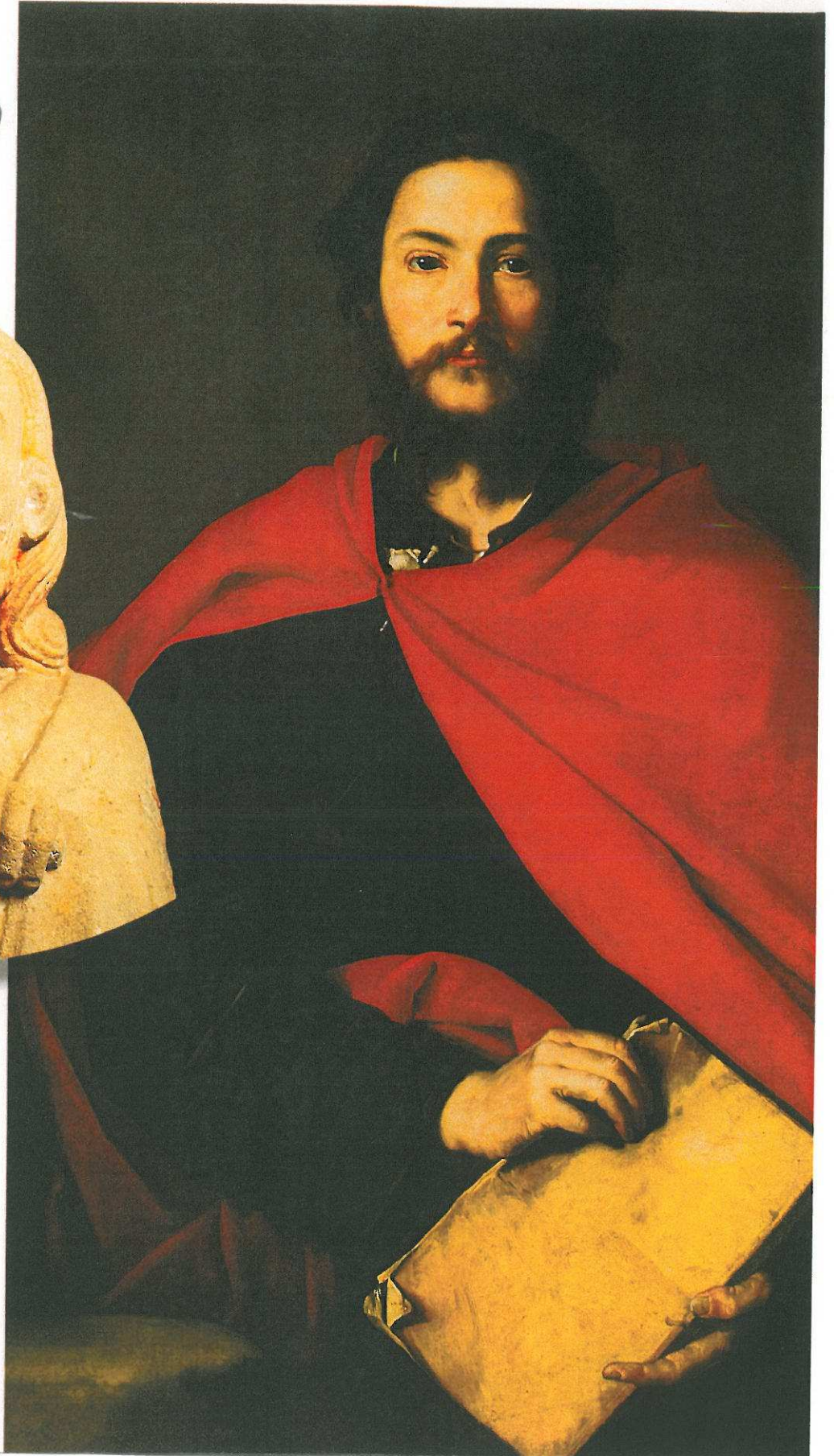




XACOBEO'99
Galicia

Santiago



XUNTA DE GALICIA

Santiago

La Esperanza

Colegio de Fonseca
Universidade de Santiago

Santiago de Compostela

27 de mayo–31 de octubre 1999

El Corte Inglés

Arcebispo de Santiago de Compostela

AGRADECIMIENTOS

Arzobispado de Burgos
Arzobispado de Madrid
Arzobispado de Sevilla
Cabildo de la Catedral de San Salvador de Oviedo
Cabildo de la Catedral de Santiago de Compostela
Cabildo de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada
Concello de Santiago de Compostela
Diputación Provincial de A Coruña
Monasterio de Las Huelgas, Patrimonio Nacional. Burgos
Museo do Pobo Galego
Museo de la Farmacia Hispana, Facultad de Farmacia.
Universidad Complutense de Madrid
Universidade de Santiago de Compostela
Ciudad del Vaticano

Excmo Sr. D. Carlos Abella y Ramallo,
Embajador del Reino de España ante la Santa Sede

Excmo Sr. D. Carlos Amigo Vallejo,
Cardenal-Arzbispo de Sevilla

Excmo. Sr. D. Santiago Martínez Acbes,
Arzobispo de Burgos

Excmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela,
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Excmo. Sr. D. Angelo Sodano,
Cardenal-Secretario de Estado de Ciudad del Vaticano

Excmo Sr. D. Darío Villameva, Rector Magnífico
de la Universidade de Santiago de Compostela

Ilmo. Sr. D. Alejandro Barral, Director del Museo de
la Catedral de Santiago de Compostela

Ilmo. Sr. D. José María Díaz Fernández, Director del
Archivo de la Catedral de Santiago de Compostela

Ilmo. Sr. D. José Ignacio Monte, Secretario Capitular
de la Catedral de Oviedo

Ilmo. Sr. D. Jesús Precedo Lafuente, Decán-Presidente
del Cabildo de la Catedral de Santiago de Compostela

Ilmo. Sr. D. José Sánchez Bugallo,
Alcalde de Santiago de Compostela

Ilmo. Sr. D. Juan Sánchez Ocaña,
Padre Prior de la Abadía de Sacromonte. Granada

Sr. D. Juan Álvarez Quevedo, Delegado Diocesano de
Patrimonio Diocesano de Burgos

Rvda. Madre Auxiliadora,
Convento de las Comendadoras de Santiago. Madrid

Sr. D. Alberto Bartolomé Arraiza, Director del Museo
Nacional de Artes Decorativas. Madrid

Sra. Dña. Amaia Basterretxea, Museo Arqueológico,
Etnográfico e Histórico Vasco. Bilbao

Sr. D. Miguel Beltrán,
Director del Museo de Zaragoza

Sr. D. Francisco Buranelli, Director Regente de los
Monumentos, Museos y Galerías Pontificias.
Ciudad del Vaticano

Sra. Dña. Marisa Canela,
Conservadora del Museo de Zaragoza

Sr. D. Juan Conde Roa, Colección de Arte del Concello
de Santiago de Compostela

Sra. Dña. Marina Chinchilla, Directora del Museo
Arqueológico Nacional. Madrid

Sr. D. Juan Carlos Elorza Guinca,
Director del Museo de Burgos

Sr. D. Benito Ermida, párroco de la iglesia de Santiago
de Ribadavia, Ribadavia, Ourense

Sra. Dña. Ángela Franco, directora del área de conserva-
ción del Museo Arqueológico Nacional. Madrid

Sra. Dña. Asunción de la Gandara Labin, Madrid

Sra. Dña. Esperanza Gigiry, Conservadora del Museo
de Terra Santa. Santiago de Compostela

Sr. D. Luis Grau Lobo, Director del Museo de León

Sr. D. Antonio Hernández, Director de Patrimonio
Cultural del Arzobispado de Sevilla

Sr. D. Leonardo Lemos, Director de la Biblioteca del
Instituto Teológico Compostelano

Sra. Dña. M^{ra}. Angeles Mezquiriz Irujo,
Museo de Navarra. Pamplona

Sr. D. Enrique Parcia López, Director del Museo de
Bellas Artes de Sevilla

Sr. D. Manuel Rodríguez, Hermano Mayor de la
Cofradía de Santiago de la Espada. Sevilla

Sra. Dña. Consolación Pastor Cremades,
Directora de la Casa-Museo de El Greco. Toledo

Sr. D. Santiago Vázquez Riveiro, párroco de la iglesia
de San Pedro de Brandomil. Zas. A Coruña

FICHA TÉCNICA

EXPOSICIÓN

Santiago. La Esperanza

Comisario General de Exposiciones del Xacobeo 99
José Manuel García Iglesias

Comisarios
Francisco Singul
José Suárez Otero

Coordinación
Carmen Iglesias Díaz

Diseño
Macua & García-Ramos

Dirección de montaje
Ignacio Macua Roy
Marisa Martín Domínguez

Montaje
Cándido Hermida, Industrias

Adecuación de espacios
EMPTY, S.L.

Equipo de Exposiciones Xacobeo 99
Marcelina Calvo Domínguez
Puri Carballo Pérez
M^{ra}. de los Angeles Caulonga Fernández
Pilar Cuña González
Adolfo Enriquez
Purificación Farina Reboredo
Ana Belén Freire Naval
María García-Alén
Antonio Jesús González Millán
Carmen Iglesias Díaz
Manuel Iglesias Fuentes

Eva M^{ra}. López Añón
Ana Miragaya López
Juan Pensado Barbeira
Ramón Pinal Rodríguez
Pilar Prieto Rodríguez
Carlos Ramos Vázquez
Luisa Redondo Escariz
Ofelia Requero Gómez
Manuel Rodríguez Fernández
Marcial Rodríguez Suárez
Mercedes Rozas Caciño
Coroni Rubio Merino
Francisco Singul
José Suárez Otero
Xesús Villamil Vázquez

Equipo de restauración

Dirección

María García-Alén

Coordinación

Ramón Pinal Rodríguez

Ana Abella Galego
Marta Acitores García
Coral Inés Alonso Blázquez
Dolores Álvarez Rey
José Antonio Martínez Barreiro
Santiago Moisés Coble Casas
Miguel Corrales Crespo
Susana Fernández Banet
Angeles Fernández Santiago
Cristina García Portas
Carolina Pérez Pérez
Beatriz Pintos Moreira
Filipa Raposo Cordeiro
Angelina Taboada Riveiro
Margarita Zuazua Conde

Transporte

SIT
Boquete

Seguros
Plus Ultra
STAI

Seguridad
PROTECSA

CATÁLOGO

Diseño gráfico y maquetación
Permuy Asociados

Coordinación
Marcelina Calvo Domínguez

Fotografía
Xulio Gil

Archivo Museo de Terra Santa,
Gerardo Gil, Mani Moreton, Santos Cid,
Servicio Fotográfico Museo Vaticano,
Archivo Museo Nacional de
Artes Decorativas (Madrid), José Garrido,
Vicente del Amo, Jorge Blázquez,
Archivo Familia Gandara (Madrid),
Xenaro M. Castro, Museo de Navarra,
Archivo Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico
Vasco (Bilbao), Archivo Museo de la Catedral de
Oviedo, Museo de La Rioja, Archivo Museo de León,
Archivo Museo Arqueológico Nacional (Madrid),
Pedro Fera, Foto Arte San Jose,
Archivo S. A. de Xestión do Plan Xacobeo

Impresión
Gráficas Varona

Una tumba apostólica en Compostela

REFLEXIONES EN TORNO A LA ARQUEOLOGÍA DEL EDÍCULO APOSTÓLICO

José Suarez Otero

E Acercamiento al problema

El edículo apostólico constituye la pieza fundamental en tanto que razón de ser de la basílica compostelana. Descubierta semiarruinada a principios del siglo IX en medio de un cementerio abandonado, pasa a configurarse como el núcleo vertebrador de las construcciones que atenderán al culto a las reliquias que contiene. La inclusión en las sucesivas iglesias, hará que de una u otra manera éstas influyan en su estado de conservación. Así, si bien en un primer momento parece que no fue sustancialmente alterado, posteriormente la intervención de Gelmírez en el siglo XII y las modificaciones renacentistas y barrocas del presbiterio alteraron y ocultaron definitivamente el viejo edificio funerario

Tuvieron que pasar varios siglos hasta que la intervención del canónigo A. López Ferreiro volviese a sacar a la luz lo que quedaba de la tumba y así permitir que su estudio saliese de la oscuridad impuesta por la ocultación. A partir de ese momento se suceden los acercamientos a una problemática compleja, en la que concurren factores que se prestan más a la polémica apasionada que a la reflexión serena: el carácter legendario de mucha de la información heredada, la relevancia como hecho de fe de la propia tumba, las imprecisiones y vaguedades de las fuentes históricas, las limitaciones de los restos arqueológicos conservados, y la importancia de la presencia y significación de la tumba para su entorno inmediato.

El resultado final fue la tendencia a confundir los distintos aspectos que rodean a esta vieja arquitectura y que, si bien todas ellas son valiosas en sí mismas, necesitan de estrategias de validación y caminos de reflexión autónomos. La existencia de una tumba de origen antiguo, la presencia de las reliquias del Apóstol y todo el problema de su traslado o la predicación del propio Apóstol Santiago en la Hispania romana son tres hechos diferenciables, a los que se unió en el momento de la *inventio* —descubrimiento del sepulcro— dentro de una compleja trama en la que se mezclaban tradición oral, fuentes históricas, realidades arqueológicas, manifestaciones sobrenaturales y necesidades o aspiraciones terrenales. Esa unión ha pesado demasiado sobre la investigación sobre la tumba, forzándola a buscar una respuesta unívoca para los tres hechos y, lo que ha sido más grave a nuestro entender, a aunar argumentaciones de carácter muy distinto, como la filológica, la histórica y la arqueológica, bajo la presión, además, de una fuerte controversia de carácter ideológico. Un ejemplo bastante elocuente de las consecuencias de esta situación es la paradójica no aceptación de la romanidad en origen del edículo por la mayor parte de la arqueología española dedicada al mundo antiguo, a pesar de que las evidencias son claras, aunque puedan matizarse su datación precisa o su significado último, y han sido tratadas por especialistas reconocidos dentro de ese mismo ámbito arqueológico.

En las páginas que siguen intentaremos mostrar una posible vía de acercamiento estrictamente arqueológica, reuniendo las conclusiones de algunos de los trabajos que sobre la temática hemos venido haciendo. No pretendemos ni demostrar, ni negar hechos históricos que por no tener reflejo arqueológico quedan fuera de nuestro alcance. Mucho menos lo haremos con sentimientos religiosos que entendemos son ajenos a la materialidad e imprecisión de la cotidianeidad arqueológica. Tan sólo intentaremos mostrar algunas de las posibles aportaciones de la arqueología como estrategia cognoscitiva cara a la identificación y explicación de los restos en causa, sin prejuicios que lleven a eludir las limitaciones de dicho trabajo o a cuestionar las posibilidades del mismo. Esto es, en definitiva, repensar la tumba en el terreno estrictamente arqueológico y reivindicarla en su contextualización histórico-cultural.

La tumba y el origen del culto apostólico

Dos hechos van a ser los determinantes del tema objeto de nuestra reflexión. El primero, como es obvio, es el propio descubrimiento del sepulcro en un momento aún no determinado del primer tercio del siglo IX. Este hecho, del que tenemos información gracias, fundamentalmente, a una serie de documentos o crónicas inscritas en el marco altomedieval compostelano, consistió en el hallazgo de una tumba, sorprendente por sus características, que formaba parte de un conjunto de ruinas de lo que en otro tiempo había sido una expresión de la vida en la Gallaecia interior y que yacían abandonadas y ocultas por la vegetación. En esta tumba se reconoce la presencia de las reliquias del Apóstol Santiago, reconocimiento que, una vez aceptado oficialmente, motiva el surgimiento del culto con unas expresiones arquitectónicas en cuya disposición el mausoleo apostólico será determinante. Estamos ante una primera etapa en la que la tumba juega un papel primordial en la existencia e incluso vivencia de la devoción que ella misma genera, puesto que en este momento tumba y reliquias parecen indisociables en cuanto hecho de fe.

El segundo hecho clave será la segunda ocultación de la tumba. Pero, ahora no será el olvido con la complicidad de la naturaleza, sino el propio santuario en el que se rinde culto al Apóstol. Nos estamos refiriendo a la intervención de Diego Gelmírez a inicios del siglo XII, el cual dentro de su concepción del nuevo santuario románico, que sustituiría a aquellas primeras arquitecturas en las que la tumba aún seguía desempeñando un papel clave, destruye la parte superior del mausoleo y oculta definitivamente bajo el nuevo presbiterio la parte inferior del mismo con las reliquias del Apóstol. Así, el santuario, en tanto depositario y contenedor de esas reliquias, pasa a sustituir al mausoleo como marco referencial del culto. Del carácter traumático de esta sustitución dan testimonio las protestas del capítulo catedralicio por los cambios que se estaban produciendo.

El resultado de la intervención de Gelmírez va ser una larga etapa en la que la tumba apostólica deja de ser una referencia necesariamente inmediata para la fe, aunque permanece como referente último en cuanto contenedor de las reliquias, y va a sufrir las consecuencias en forma de intervenciones que menoscaban su integridad, como las obras que se realizaran en el presbiterio para adaptarlo a las necesidades o

gustos de las diferentes épocas: v.gr. el rebajado del suelo en torno al altar mayor, con incidencia en las partes altas de los restos que aún se conservaban del mausoleo. También sufrirá las consecuencias en la constante preocupación por su conocimiento, que entre los siglos XVII y XIX derivará en estudio histórico —obras de Oxea, Bugarín, Castellá, Foyo, etc.— pero que carecerá de contacto con la realidad material del objeto de estudio, y así, en palabras del propio Fray Joseph de Bugarín (1659), “... lo que entonces fue evidencia, agora es solamente afección o fe mas que humana...”. Sin embargo, esas consecuencias aún serán más graves, en la medida que motivaron el surgimiento de toda una serie de mistificaciones en torno a la tumba y a la realidad que supuestamente se ocultaba en el subsuelo de la Catedral. El edificio se llenó de túneles y pasadizos, y la tumba se convirtió en una realidad magnificada, cuando no en toda una catedral subterránea. Una visión que traspasó el ámbito del ideario popular para convertirse en un elemento más de referencia en el de las reflexiones cultas. Es en este contexto en el que se tomará, ya a fines del siglo XIX, la decisión de buscar las reliquias y, si ello fuese posible, de recuperar la tumba.

El redescubrimiento y la lectura arqueológica de los restos

No conocemos las causas inmediatas de una decisión que fue auspiciada por quien regía la diócesis, el cardenal Payá, y secundada por dos miembros del cabildo catedralicio, López Ferreiro y Labín Cabello, quienes, además, fueron los ejecutores a lo largo de los años 1878 y 1879 de este nuevo empeño. Es necesario, sin embargo, inscribirlo aún de manera meramente indicativa en determinadas corrientes de fe y de pensamiento que enriquecen a la Iglesia católica en ese momento. Así, el renovado interés por las reliquias de Santiago no es ajeno al movimiento de recuperación de los principales cuerpos santos que parece comenzar con el de San Francisco de Asís a principios de ese siglo. Como tampoco la preocupación por el conocimiento riguroso del medio bíblico y los contextos históricos de la evolución de la Iglesia —en 1883 se abrieron a los investigadores los archivos vaticanos—, que tiene una evidente proyección en la aplicación del método arqueológico: fundación de la escuela arqueológica francesa en Roma, intensificación de las excavaciones arqueológicas o el papel jugado por la escuela bíblica de Jerusalén. Preocupación que no es ajena al fuerte desarrollo científico del momento y la amplia difusión del positivismo como paradigma, con una gran incidencia en los estudios históricos, hechos ambos que tendrán un claro reflejo en el caso compostelano a través de la preocupación por el referendo científico en la identificación de las reliquias. No obstante, nada debe extrañar que el punto de partida para la búsqueda de la tumba de Santiago sea aquella realidad fantástica que siglos de ocultación habían motivado, y así los primeros trabajos se dirigieron a encontrar la entrada de las supuestas estructuras subterráneas.

El primer paso se guió por la última indicación fidedigna con respecto a la tumba, como era la existencia, según Ambrosio de Morales (siglo XVI), de un pequeño agujero que desde debajo del altar comunicaría con la cripta apostólica, lo que supuso también el primer fracaso. Una circunstancia que se repitió sucesivamente con una losa en el deambulatorio, la ventana del ábside de la cripta del Pór-



Edículo apostólico, tumba de ladrillo y sondeo de M. Chamoso, 1950

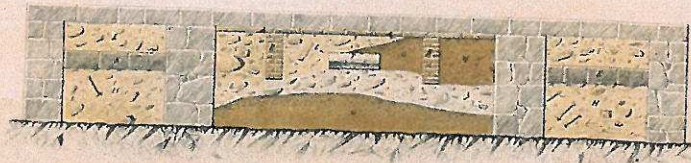
CRIPTA DEL STO. APOSTOL.

SECCIONES VERTICALES.

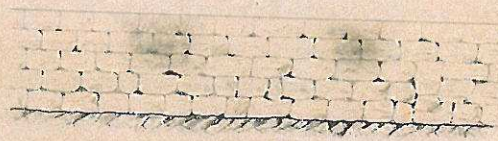
SECCION POR A B



SECCION POR CD



ALZADO DEL MURO ET



EXPLICACION

1. Mampuesto antiguo de base de ladrillo
2. Mampuesto antiguo de mampuesto
3. Mampuesto antiguo de ladrillo
4. Mampuesto antiguo de mampuesto
5. Mampuesto antiguo de mampuesto
6. Mampuesto antiguo de mampuesto
7. Mampuesto antiguo de mampuesto
8. Mampuesto antiguo de mampuesto
9. Mampuesto antiguo de mampuesto
10. Mampuesto antiguo de mampuesto
11. Mampuesto antiguo de mampuesto
12. Mampuesto antiguo de mampuesto
13. Mampuesto antiguo de mampuesto
14. Mampuesto antiguo de mampuesto
15. Mampuesto antiguo de mampuesto
16. Mampuesto antiguo de mampuesto
17. Mampuesto antiguo de mampuesto
18. Mampuesto antiguo de mampuesto
19. Mampuesto antiguo de mampuesto
20. Mampuesto antiguo de mampuesto

Escala



El redescubrimiento del edículo: secciones de los restos conservados

tico de la Gloria, y sendos sondeos en el crucero y el presbiterio, respectivamente. Estas intervenciones, infructuosas en su objetivo último, sólo permitieron comprobar el carácter fantasioso de las premisas de partida y, en algún caso, recuperar algunos datos sobre la basílica de Alfonso III.

La intervención definitiva se produjo al dirigirse la búsqueda a unas losas que estaban bajo el altar, pues una vez levantadas empezaron a aflorar los restos del edículo sepulcral primitivo. No era, como se esperaba, una arquitectura subterránea, sino unas antiguas estructuras colmatadas, de las que se presentaban los restos de un pavimento musivario y otro de losas cerámicas. Estos suelos parecían definir el nivel de tránsito entre los dos cuerpos en los que se articulaba en altura un edificio cuadrangular. Del superior a penas quedaban esas evidencias, y la constancia que estaba fragmentado también horizontalmente en dos partes diferenciadas por un muro transversal, así como por la propia calidad de su pavimentación. Del inferior se reconoció la disposición en forma cuadrangular, y el estar también fragmentado en dos partes por la proyección en profundidad del mencionado muro transversal, pero ahora aparece un cierre en tres de sus lados que generará una especie de deambulatorio en torno al edificio. El interior de toda esta arquitectura apareció relleno de distintas capas de escombros, salvo la presencia de dos nichos rectangulares de ladrillo adosados a los muros de su mitad occidental. Este complejo contenido estructural servirá, a la postre, para realizar la reinterpretación arquitectónica —cripta apostólica bajo el presbiterio— que actualmente permite visitar la tumba apostólica y rendir culto a las reliquias.

A pesar del hallazgo de la tumba, quedaba aún la cuestión fundamental por solventar: la recuperación de unas reliquias que no estaban donde cabría suponer. La solución se obtuvo al trasladar las excavaciones al espacio inmediatamente detrás del altar mayor, aquel que en su día había ocupado la *confessio* gelmiriana y hacia el que apuntaban algunas vagas noticias, contenidas fundamentalmente en la tradición popular. Estas noticias se referían a un ocultamiento de los restos del Apóstol y sus discípulos, que cabe situar con bastante probabilidad en tiempos del arzobispo Sanelemente y motivado por las incursiones de Drake. Efectivamente, la noche del 28 al 29 de enero de 1879 se descubrió en ese espacio una tosca caja de piedra, en cuyo interior se hallaba una urna—osario conteniendo un desordenado conjunto de restos humanos. El siguiente paso fue realizar el análisis que permitiese verificar que estos restos pudiesen corresponder a los que deberían haberse encontrado en la tumba y certificar así esas noticias que permitían suponerlo, un paso, por otra parte, significativo en la dirección de intentar integrar Ciencia y Fe. Para ello se acudió a una comisión universitaria compostelana compuesta por el Dr. Antonio Casares, catedrático de Química en la Facultad de Farmacia y por entonces rector de la Universidad, el Dr. Freire Barreiro, catedrático de Medicina, y el Dr. Sánchez Freire, catedrático de cirugía, ambos de la Facultad de Medicina. Esta comisión emitió un informe en el que se confirma que los restos óseos, a pesar de su fragmentación y deterioro, evidenciaban antigüedad y permitían discriminar la presencia original de los esqueletos de tres cuerpos, y quizás algún resto residual de otros; cuerpos que correspondían a tres varones, lo que se interpretó como posible expresión de la presencia de los cuerpos del Apóstol y de sus dos discípulos.



Detalle del edículo apostólico

El mausoleo apostólico: una revisión

Las excavaciones realizadas a fines del siglo pasado por A. López Ferreiro pusieron al descubierto lo que actualmente se presenta en forma de cripta bajo el altar mayor de la Catedral. Los restos conservados nos hablan del acondicionamiento de un espacio más o menos cuadrangular dentro de un terreno en declive; espacio que estaba ocupado por un recinto delimitado al menos en tres de sus lados por un cierre pétreo. Este recinto albergaba en su interior un edificio cuadrado, aparentemente cerrado en sus cuatro caras, que aparecen realizadas mediante sillería de granito de gran calidad, dispuesta a soga y tizón o en otros tipos de fábrica entre la que parece detectarse la presencia de sillares almohadillados.

El interior de lo que parece corresponder a la parte baja de un pequeño edificio estaba dividido en dos mitades por un muro de mampostería. La mitad este aparece rellena de tierra y cubierta por un suelo en el que se conservaban restos de un mosaico con decoración de tipo vegetal. Es en esta parte donde la tradición y las distintas interpretaciones del recinto sitúan la tumba del Apóstol, y hoy alberga la urna que contiene las reliquias. La mitad oeste resulta más compleja en su definición, quizás por haber sufrido cambios a lo largo de su existencia. En las excavaciones de López Ferreiro se presenta como otro espacio colmatado y rematado en un suelo de ladrillo, que albergaba en el norte y sur, respectivamente, dos tumbas de ladrillos adosadas a las paredes del recinto. Estos receptáculos han sido identificados como las tumbas de los dos discípulos que, según la tradición, acompañaron al cadáver del Apóstol en su traslado a Compostela. Pero estas tumbas ofrecen indicios de no haber estado siempre bajo tierra, e incluso bajo ellas pareció descubrirse en la intervención efectuada por M. Chamoso los restos de lo que sería un nivel de suelo anterior a la presencia de dichas estructuras tumulares.

Más problemas presenta la reconstrucción de la parte alta de este edificio, aquella que según las fuentes contendría el primitivo altar en el que se rendía culto a las reliquias, pues las fuentes resultan confusas y ha sido la parte más afectada por la evolución de la basílica, si es que no se hallaba ya fuertemente alterada en el momento de su descubrimiento. Existen básicamente dos posturas al respecto en la investigación reciente, ambas sobre el supuesto de que lo que acabamos de describir corresponde a un primer cuerpo de un edificio más complejo. Una propone la existencia de una única estancia superior, por lo general de carácter sencillo, mientras que la segunda opta por un edificio más complejo con dos plantas, la primera baja, totalmente cerrada y abovedada, y la segunda más amplia y abierta al exterior.

Aspectos arqueológicos

Una parte sin duda muy olvidada cuando se trata de la tumba del Apóstol es la referida al registro arqueológico. Después de años de descripciones, interpretaciones y revisiones de las estructuras conservadas, apenas quedan breves páginas y no mayores valoraciones en cuanto a los restos arqueológicos exhumados, tanto en la exploración de López Ferreiro, como en los sondeos de

M. Chamoso Lamas. No podemos valorar como excepcionales esos restos, pero sí resultan ricos para un contexto funerario cuyos contenidos han sido bastante alterados en el complejo devenir histórico de su existencia.

La numismática

Quizás la componente más conocida sea la numismática, especialmente el conjunto rescatado por López Ferreiro, pero esto no se debió tanto al interés de las piezas que lo componen, cuanto a la errónea identificación como carolingias de dos de ellas y las posibles implicaciones históricas de dicha identificación. Se trata de un conjunto de monedas medievales, a las que desde su descubrimiento se interpretó como expresión de una amplia secuencia que iba desde el siglo IX al XVI, pero, en realidad y salvo la presencia de una moneda de Felipe II, estamos ante un lote bastante homogéneo en su atribución temporal, que abarcaría desde fines del siglo X a un momento indeterminado de principios del siglo XII. Su composición, sin embargo, resulta un tanto heterogénea, pues incluye un amplio repertorio de moneda feudal francesa, dos monedas andalusíes y seis piezas atribuidas a Alfonso VI de Castilla y León.

En el primer grupo destaca la abundancia de dineros “pougeoises”, explicable por la importancia de esta acuñación en el sur de Francia; la presencia de dos monedas de Poitiers, que por tratarse de un tipo de Carlos el Calvo inmovilizado fueron confundidas con acuñaciones carolingias, y, finalmente, una diversa muestra de las acuñaciones del sudeste de Francia: Toulouse, Narbona, Albi y, quizás, Arlés. La cronología de estas piezas no siempre es precisable dado el carácter de tipos inmovilizados que afecta a la mayoría, a lo que hay que añadir posibles perduraciones en el uso; sin embargo, una buena parte de ellas parecen situarse en la segunda mitad del siglo XI y los primeros años del siguiente. En el caso del numerario hispano–musulmán se trata de dos dirhems de los últimos tiempos del califato, lo que supone una fecha *post quem* dado que gozarían de gran uso en los tiempos inmediatamente posteriores: siglo XI, en el período de los primeros reinos taifas. Por último, la moneda castellana corresponde a acuñaciones de Alfonso VI posteriores a la conquista de Toledo (1085), las cuales vienen siendo consideradas como los inicios de la amonedación castellano–leonesa, y a las que hay que atribuir una vigencia hasta momentos cercanos a 1109, año de fallecimiento del mencionado monarca.

Estamos, en definitiva, ante una muestra del numerario en circulación en el ámbito del Camino de Santiago, y las áreas por él afectadas, en unas fechas que afectan a todo el siglo XI, pero que parecen centrarse en el tránsito entre éste y el XII. A pesar de la inexistencia de las llamadas monedas carolingias, este conjunto ofrece importantes implicaciones para el conocimiento de la evolución del edículo en tiempos medievales, como la más que probable accesibilidad de éste hasta la intervención en el mismo de Gelmírez, que nos ofrece unas fechas (1105–1110) coherentes con una datación *ante quem* para el conjunto de monedas. Como también las tiene para el estudio de los inicios de la

peregrinación europea o de la propia circulación monetaria en el ámbito noroccidental hispano. La aportación de los sondeos de Chamoso Lamas fue diferente, al contener exclusivamente piezas de fines del siglo XVI e inicios del XVII y, por lo tanto, estar en relación directa con los cambios que sufre la tumba en época moderna: v.gr: construcción del baldaquino barroco.

El vidrio, la piedra. Los ritos y el ornato

Otras piezas conocidas, pero poco estudiadas, configuran un pequeño conjunto de objetos de adorno. Se trata de varias cuentas de collar realizadas en pasta vítrea o malaquita, a las que se une una especie de colgante realizado en vidrio y de interpretación problemática; a todas ellas se dedicará posteriormente un tratamiento pormenorizado, dado que forman parte de los contenidos de la exposición. Debemos adelantar que estas cuentas se integran en un contexto funerario tardorromano: necrópolis de inhumación por lo general de rito precristiano, con proyección en momentos tempranomedievales: necrópolis visigóticas de la Meseta Norte. En el caso gallego nuestros conocimientos sobre este tipo de collar son aún escasos e imprecisos, pero está constatada su presencia en necrópolis de la bajarromanidad: fines del siglo III a V d.C. En cuanto al posible colgante es más difícil definir su funcionalidad. La propuesta de López Ferreiro de que se trata del badajo de una campanilla de cristal que, siempre según él, existían en ambientes de las catacumbas romanas está por contrastar. Como también lo está la posibilidad de que formase parte, como pieza central, del collar al que corresponderían las cuentas. Incluso es posible que lo que hoy conservamos pueda ser parte de una pieza original más compleja: la pieza presenta una pequeña área de fractura en su extremo inferior que podría hablar de una continuidad cuyas características se nos escapan. A este conjunto se añaden, finalmente, dos fragmentos de vasijas de vidrio que pertenecen también a producciones antiguas, dentro de la tradición romana, pero cuyas formas y cronología están aún por definir.

Todos estos elementos parecen señalar el uso o reutilización con fines funerarios del edículo en momentos tardíos de la Gallaecia romana, sino en los inmediatamente subsiguientes: ca. siglos IV-VI. Una cronología acorde con la que, según algunos autores, es atribuible al mosaico pavimental, aunque el carácter cristiano del mismo se contradice con unos objetos que formarían parte de un ajuar funerario, hecho ajeno al rito cristiano oficial. La solución posible es que se hayan producido diferentes reutilizaciones del edículo, en relación al carácter funerario que en distintos momentos tuvo el espacio en el que se asienta. Nos consta la existencia de enterramientos en el entorno del edículo por lo menos desde el siglo III d.C., como evidenciarían las estelas funerarias que hasta el siglo XVI aparecían reaprovechadas en muros de la Catedral o su entorno inmediato y que conocemos gracias a algunas de las más relevantes muestras de la literatura odepórica. También nos consta por los restos aparecidos en las excavaciones del subsuelo de la basílica compostelana, que ese uso funerario continuó hasta los primeros tiempos de la Edad Media y ya con rito cristiano consolidado.

La cerámica

Por último, quedan los restos cerámicos, representados apenas por seis pequeños fragmentos. Tres de ellos fueron hallados por López Ferreiro, de los que dos representan cerámicas grises de buena calidad a pesar de corresponder a recipientes de tamaños mediano o grande, con superficies pulidas y decoración bruñida de motivos geométricos; el tercero corresponde a un recipiente mediano de forma panzuda y realizado en una cerámica negra de carácter más tosco que los anteriores. Resulta difícil hacer una atribución cultural a estos restos, pues por sus características pueden corresponder a dos momentos muy dispares. Posiblemente se trate de filtraciones producidas por las remociones de fines del XVI o del XVII, pues la cerámica negra corresponde a producciones que surgen en la Baja Edad Media para proyectarse a los siglos siguientes, e incluso a la alfarería popular gallega, mientras que las cerámicas grises tienen también ciertos resabios medievales, pero responden a fórmulas propias ya de siglos posteriores. No debemos olvidar, sin embargo, que estas últimas presentan una gran similitud con ciertas variedades de las cerámicas comunes romanas de primera época (siglos I-III), pero no consideramos que éste sea el caso.

En los sondeos realizados por M. Chamoso Lamas, aparecieron otros tres fragmentos de vasijas, además de una serie de restos de cerámicas de carácter constructivo. Estos restos sí son significativos para el estudio de la evolución histórica del edículo, pues si en los anteriores no conocemos la contextualización precisa, ahora surgen de un horizonte arqueológico que por ubicación es previo a la construcción de los *loculi* laterales, aquellos a los que se les atribuyó la función de tumbas para los discípulos del Apóstol. Sin embargo, los restos vuelven a resultar poco significativos. Se trata de dos fragmentos de un fondo de una vasija de pastas anaranjadas realizada con arcilla depurada y un acabado simple, a la que, en principio, hemos de integrar dentro de la tradición de las cerámicas comunes romanas, sin mayor precisión; el tercer fragmento es un pequeño resto de una vasija de forma desconocida, que responde a una tradición cerámica distinta y más difícil de definir: quizás una producción local de los inicios de la Edad Media (ca. siglos V-VII), aunque no podamos descartar momentos algo anteriores. Las cerámicas constructivas que aparecen asociadas no nos ayudan a precisar la cronología de estos restos, debido a su aún mayor inespecificidad. Más clarificadora podría ser, sin embargo, la aparición de evidencias musivarias en forma de un conjunto de teselas sueltas. La razón estriba en la posible pertenencia de estas teselas al mosaico pavimental del edículo, lo que haría a este horizonte posterior y también a las supuesta tumbas laterales: se tendría para ambos una fecha *post quem* de, cuando menos, finales del siglo IV. Pero la atribución de esas teselas al llamado "pavimento II" del edículo es incierta, no pudiendo descartarse a otro mosaico, bien existente en el edículo, bien en sus alrededores: el hallazgo de teselas no es un hecho infrecuente en los alrededores del edículo, como se constató en la excavación del brazo sur del crucero de la Catedral o en las efectuadas en la plaza de la Quintana.

No quisiéramos abandonar este capítulo sin recordar aunque sea brevemente a una pieza que, pese a no haber sido hallada en el edículo, sí pudiera pertenecerle originalmente, y de conservarse en su registro arqueológico sería una pieza clave para la datación de sus orígenes. Nos referimos a la conocida como "Ara de San Paio de



Intrusiones en el edículo apostólico:
cerámicas postmedievales

Antealtares”, que en realidad era en origen una placa funeraria romana de excepcional calidad. Realizada en mármol y con una cuidada epigrafía, hoy lamentablemente perdida, representaba la titularidad de un monumento funerario que cabría situar en algún momento de los siglos I o II de nuestra era. La tradición parece relacionar a esta pieza con el primitivo altar dedicado al Apóstol, y podría estar cumpliendo dicha función en las primeras basílicas compostelanas de donde pasaría a Antealtares, quizás con motivo de la reivindicación de los derechos que este monasterio tenía sobre el culto al Apóstol y en el momento en que, por la construcción de la Catedral románica, tanto esos derechos como la propia función del ara quedaron en cuestión. Si, en conclusión, aceptamos que existe una ligazón entre esta pieza y el edículo, y que dicha ligazón podría responder a un origen común, entonces estamos avalando una cronología de en torno a finales del siglo I para el monumento funerario.

Un contexto antiguo para la tumba

La contextualización arqueológica

Las reflexiones sobre la romanidad del edículo se centraron generalmente en las características y condiciones del propio monumento, con el añadido, a veces, de las informaciones documentales que sobre el mismo existen. También algunos investigadores han tenido en cuenta su entorno inmediato, pero, salvo excepciones, se hizo de forma un tanto vaga y sobre datos confusos, cuando no erróneos —caso de las supuestas termas— o simplemente poco seguros: atribuciones de romanidad a estructuras que bien pudieran ser altomedievales. Sin embargo es, quizás, la argumentación indirecta que ofrecen los restos dispersos fuera del propio monumento, la que ofrece mejores garantías para realizar una contextualización histórica precisa de una arquitectura que, como hemos expuesto, ha sufrido fuertes alteraciones a lo largo del tiempo. Expondremos aquí las consideraciones que se derivan de la revisión que estamos realizando de toda la información arqueológica disponible.

Los restos más antiguos del entorno de la tumba, a excepción de algún posible indicio de ocupación prehistórica, nos remiten a un conjunto de cerámicas propias de ambientes romanos altoimperiales: *terra sigillata* hispánica, cerámicas comunes romanas y, en menor medida, cerámicas indígenas, propias de un momento tardío de la cultura castreña. Esta escasez de lo indígena desmiente la tan manida existencia de un enclave arqueológico tipo castro, que fue propuesta por la mayoría de los investigadores que trataron este tema, pero sin mucho éxito en cuanto a las evidencias arqueológicas, dado que fallaron en todos los puntos que, según dichos autores, serían susceptibles de albergar ese poblado indígena —castro— preexistente. Los datos indican, pues, que en un primer momento se produce una ocupación del lugar con un establecimiento culturalmente romano.

No conocemos las características morfológicas, ni dimensionales del mismo, pero por los datos con que contamos podría tratarse de un pequeño asentamiento ubicado en la ladera suroeste del espolón en el que se asienta la actual Compostela. Con una importante presencia en la actual plaza de la Quintana, que pudo sufrir ya

en ese momento una primera adecuación en forma de gran aterrazamiento, cuyo fin sería atenuar una pendiente que parece ser evitada por la proyección de los restos hacia zonas en las que ésta era menos acusada: actuales Rúa do Vilar y Rúa Nova. Bajo la catedral se dispondría uno de los extremos de ese núcleo, quizás conectado con una de sus vías principales de acceso, aquella que lo vinculaba a Iria Flavia, y en donde se dispondría un área cementerial: mausoleo y estelas funerarias, algún edificio público y/o algún espacio dedicado al culto: ara a Júpiter. La cronología que determina el material arqueológico para esta primera ocupación se sitúa entre mediados del siglo I d.C. e inicios del III d.C. Podría concretarse algo más si se admite, aunque sólo a título de hipótesis, que los inicios están en relación con todo el proceso de reformas ocurrido en época flavia y que incidieron claramente en el caso de Iria.

La expresión arqueológica de esta primera ocupación señala claramente hacia un ambiente romanizado, sino estrictamente romano, a partir de un gusto por los productos de carácter ajeno al mundo indígena: amplia presencia de *terra sigillata* hispánica y cerámica común romana, al lado de “paredes finas” y alguna cerámica pintada, frente a una muy escasa de cerámica castreña o de tradición castreña. Esta escasez, sumada a la no presencia de cerámicas de importación, tan importante en el caso de Iria, sugiere una posterioridad de fundación del yacimiento compostelano y la no conveniencia de una datación en la primera mitad del siglo I d.C.; datación que concretan las producciones de Tricio situadas a finales de dicha centuria y a lo largo de la siguiente, las “paredes finas” del taller de Melgar de Tera o el desarrollo de las producciones comunes lucenses.

La posible continuidad de este asentamiento en época bajoimperial está asegurada por las cerámicas comunes locales de esa época, además de la escasa presencia numismática o de cerámicas finas: *sigillata* hispánica tardía, producciones pintadas también tardías, o cerámicas finas de carácter local, especialmente platos y jarras de engobe rojo. Las transformaciones en la arquitectura también indican la proyección temporal y dinamismo de este asentamiento: a este momento cabría atribuir el importante edificio que se reaprovechará parcialmente en la Alta Edad Media. No obstante, esta continuidad no parece alcanzar mucho más allá del siglo IV, pues falta cualquier indicio material atribuible a los siglos V y siguientes. A la escasa presencia de esas cerámicas finas de carácter tardío, se suma la carencia de *sigillatas* claras, imitaciones locales de éstas o de las *sigillatas* hispánicas tardías o la cerámica cinzenta fina tan común en las *villae* tardorromanas. En cuanto a las cerámicas comunes existe un cierto equilibrio entre las grises de tradición romana y las de tradición indígena, que, frente a la impermeabilidad de los primeros momentos, ahora se hace más patente, evidenciando el proceso de integración cultural que supuso la romanización.

La ubicación y características de la prolongación del asentamiento en los siglos III y IV presentan mayores dificultades, debido a que sus restos parecen haber sufrido más el impacto de la reocupación medieval. Así, la mayor parte de dichos restos aparecen en el área ocupada por la necrópolis medieval, en la que se produjeron importantes trabajos de acondicionamiento, con implicación de un amplio movimiento de tierras, mientras que escasean en la Quintana, donde al horizonte antiguo parecen superponerse estructuras de origen medieval.

Una cuestión esencial, pero problemática, es la interpretación del significado de este asentamiento. La tendencia actual es a la identificación con la mansión viaria de Asseconia, correspondiente a la vía XIX de Bracara a Lucus, identificación que necesita de un mejor conocimiento de esta vía en el trayecto de Iria a Lucus. No obstante, las dudas sobre esta identificación no invalidan a nuestro entender la propuesta de una relación del asentamiento compostelano con la red viaria, ya que no debemos olvidar el establecimiento de una red de vías secundarias fundamentales en el proceso de control y explotación del territorio. En este sentido es necesario recordar la posición estratégica de Santiago en las comunicaciones de la Galicia occidental, y de ésta con la Galicia interior, tal y como parece recordar la toponimia medieval de la red de caminos que partían de Santiago. Esta función de posible nudo viario resultaría esencial para el desenvolvimiento de Iria Flavia como punto de acceso privilegiado al comercio marítimo, en cuanto que canalizador de la distribución de mercancías y la posible absorción de producción interna.

La contextualización histórico-cultural

La perspectiva contextual para un probable mausoleo romano no se agota en el entorno inmediato, pues la identificación propuesta para el enclave en el que se ubica nos sitúa en una perspectiva más amplia de su razón de ser histórica. Se trata de su inclusión en un importante y relativamente temprano proceso aculturador promovido por el imperio romano. Tanto la propia creación de un sistema de comunicaciones terrestres adaptado a las premisas romanas, como la aún más temprana aparición de un núcleo de nueva planta y cierta relevancia, como es el caso, certifican un alto grado de integración del área centro-occidental galaica en el mundo romano; circunstancia que evidencian expresiones arqueológicas como el miliario de Calígula aparecido en Aixón, o la presencia de cerámicas de época augústea, sino anteriores, en Iria; *terra sigillata* itálica, cerámicas pintadas de tradición iberorromana e incluso algún fragmento de cerámica campaniense tardía. Otros indicios, alguno de los cuales se recogen en la presente exposición, son el importante tesorillo de moneda de plata —denarios— de Augusto y Tiberio de Ortoño, o la acumulación de evidencias epigráficas en distintos puntos de esta área. Aparte de Iria Flavia, encontramos concentraciones significativas en Santa Comba, Brandomil, O Pino o A Baña. Algunos de los epígrafes podrían sostener una datación temprana, caso de la placa funeraria de mármol hallada en el también interesante punto de O Son en la ría de Noia. También ofrecen la importante novedad de la incorporación de una onomástica que por su contenido —nombres latinos e incluso griegos— o formulación presenta a un importante segmento romano o romanizado dentro del ámbito social existente: cfr. el veterano de la Legio VII que dedica un altar a la *Pietas* no lejos de la actual Compostela, concretamente en un punto del ayuntamiento limítrofe de Ames.

La condición estrictamente romana, entendida en oposición, que no mestizaje, a lo autóctono, de muchos de los soportes de esas inscripciones constituye un referente directo para el propio edículo apostólico. A través de dichos soportes se comprueba la relativamente común presencia de monumentos

funerarios, al menos para los siglos I a III y en convivencia con las fórmulas más sencillas reflejadas en la abundancia de estelas funerarias. Aunque desconozcamos las formas concretas —mausoleos de distintos tipos, *edicula*, en forma de altar, etc.— lo cierto es que representan un claro contexto en lo funerario y en lo artístico para el caso compostelano; una contextualización avalada por la placa funeraria hoy conocida como “Ara de San Paio de Antealtares”.

En resumen, el edículo se integra en un conjunto de expresiones funerarias de tradición romana, al tiempo y como resultado de su pertenencia a un núcleo poblacional que forma parte, a su vez, de un proceso de reorganización territorial y cambio cultural de sesgo romano. Un proceso que atendiendo a los datos de que disponemos parece comenzar ya con el cambio de era, pero se intensifica en la segunda mitad del siglo I y, posiblemente, se relacione con las importantes reformas que ocurren en época flavia.

Bibliografía: BOUZA BREY, F.: “El ara romana inédita de la Catedral de Santiago de Compostela”, *Compostellanum*, I, n.º 2, (1956), pp. 143-153; Ídem: “La prueba judicial del juramento sobre el sepulcro del Apóstol”, *Compostellanum*, n.º 4, (1959), pp. 157-161; CHAMOSO LAMAS, M.: “Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago”, *Compostellanum*, I, n.º 2, (1956), pp. 5-48; Ídem: “Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago”, *Compostellanum*, I, n.º 4, (1956), pp. 275-328; Ídem: “Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago”, *Compostellanum*, II, n.º 4, (1957), pp. 225-330; GUERRA CAMPOS, J.: “El sepulcro de Santiago”, *La Ciencia Tomista*, n.º 274, (1977), pp. 269-324; Ídem: “El sepulcro de Santiago”. En *La Catedral de Santiago de Compostela*, Santiago de Compostela, 1977; Ídem: *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago*, Santiago de Compostela, 1982; HAUTSCHILD, Th.: “Archaeology and the Tomb of St. James”. En WILLIAMS, Jh. y STONES, A. (ed.): *The “Codex Calistinus” and the shrine of St. James*. Tübingen, 1992, pp. 89-103 (Jakopus Studien, 3); KIRSCHBAUM, E.: “Die Grabungen unter der Kathedrale von Santiago de Compostela”, *Römische Quartalschrift*, n.º 56, (1962), pp. 234-254; Ídem: “Das Grab des Apostels Jakobus in Santiago de Compostela”, *Stimmen der Zeit*, CLXXVI, (1965), pp. 352-362; Ídem: *Las tumbas de los Apóstoles*, Barcelona, Argos, 1959; LÓPEZ ALSINA, F.: “El nacimiento de la población de Santiago de Compostela en el siglo IX”. En *Atti del Convegno Internazionale di Studi “Il Pellegrinaggio a Santiago de Compostelle e la letteratura jacobea”*, Perugia 1983, Perugia, 1985, pp. 23-35; Ídem: “De Asseconia a Compostela: pervivencia de estructuras viarias antiguas en la Alta Edad Media”, *Compostellanum*, XXXI, (1986); Ídem: *La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988; LÓPEZ FERREIRO, A.: *Historia de la S.A.M. iglesia de Santiago*, Santiago de Compostela, 1899-1905; MORALEJO ÁLVAREZ, S.: “Ara de Antealtares. Soporte del ara de Antealtares”. En MORALEJO, S. y LÓPEZ ALSINA, F. (ed.): *Santiago, Camino de Europa*, Santiago de Compostela, 1993, pp. 252-253; MEZQUIRIZ, M.A.: “Elenco de piezas de Sigillata Hispánica. Hallazgos romanos en las excavaciones de la Catedral de Santiago”, *Compostellanum*, n.º 30, (1985), pp. 235-244; MILLÁN-GONZÁLEZ PARDO, I.: “El mosaico del pavimento superior del edículo de Santiago y su motivo floral. Aportaciones al estudio de la tradición jacobea”, *Compostellanum*, XXVIII, (1983), pp. 173-372; NAVEIRO, J.: *El comercio antiguo en el Noroeste peninsular*, A Coruña, 1991; NÚÑEZ RODRÍGUEZ, M.: *Arquitectura prerrománica en Galicia*, A Coruña, 1977; PEREIRA MENAUT, G. (dir.): *Corpus de inscripciones romanas de Galicia. I. Provincia da Coruña*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 1991; SUÁREZ OTERO, J.: “Santiago en el siglo IX. La resurrección de una ciudad”. En SINGUL, F. (ed.): *Santiago-Al Andalus. Diálogos artísticos para un milenio*, Santiago de Compostela, 1997, pp. 75-102; VALLAMIL Y CASTRO, J.: *La Catedral compostelana en la Edad Media y el sepulcro de Santiago*, Madrid, 1879; ZEPEDANO Y CARNERO, J.M.ª: *Historia y descripción arqueológica de la Basílica Compostelana*, Lugo, 1870.

RESTOS MUSIVARIOS EN EL EDÍCULO APOSTÓLICO.

CA. SIGLO IV O V D.C. VARIOS MATERIALES.

SANTIAGO DE COMPOSTELA. MUSEO DE LA CATEDRAL

Estos restos fueron hallados por López Ferreiro y Labín en la exploración que realizan en el edículo durante los años 1878-79, concretamente a raíz del sondeo realizado en 1878 bajo el altar mayor y que llevaría al redescubrimiento de la tumba apostólica. Aparecieron dispersos en la parte superior de lo que, a la postre, constituiría lo que se conservaba del antiguo edificio sepulcral que comenzaba a descubrirse, evidenciando corresponder a un pavimento destruido de dicho edificio: (suelo de la mitad oriental), de las dos en que se dividía el edificio y que supuestamente era la que contenía el sepulcro del Apóstol. Gracias a la aparición de algún fragmento que se disponía en las inmediaciones de los muros de cierre —las alteraciones afectaban al centro de la estructura—, pudo reconstruirse una parte del diseño original, aquella que correspondía a los extremos de la composición.

Se trata de una decoración en fajas sucesivas que se adaptan a la superficie a cubrir y que de fuera a dentro se pueden definir como: faja de círculos entrelazados, faja blanca, friso de hojas de loto y hojas sueltas enmarcado por filetes almenados y, finalmente, una sucesión de un filete oscuro y dos claros que enmarcarían el centro de la composición y donde se interpretó que estaría el sepulcro del Apóstol. Todas estas informaciones se las debemos a los que participaron en mayor o menor medida en el hallazgo, especialmente a López Ferreiro y a los miembros de la Academia de la Historia F. Fita y A. Fernández Guerra, pues lo actualmente conservado se reduce a esta poco expresiva muestra y un conjunto de teselas sueltas. La aparición de nuevas teselas en los trabajos efectuados por don Manuel Chamoso en 1950 no pueden relacionarse directamente con este mosaico, dado que aparecieron en un supuesto nivel inferior, y por lo tanto previo, al definido por el pavimento musivario y el de losas cerámicas que ocupaba la parte anterior del edículo; salvo que estos dos pavimentos no fuesen coetáneos y la construcción del segundo se realizase con el mosaico ya destruido, posibilidad que necesita de un tratamiento que excede a este texto.

La interpretación del mosaico está sujeta a las muchas limitaciones de la información sobre su hallazgo: desconocemos en detalle las condiciones precisas en las que se realizó el descubrimiento de unos restos que, por otra parte, ya estaban bastante alterados por obras previas en el área del altar mayor. No obstante, todos los autores aceptan la disposición del pavimento dentro del contexto arquitectónico conocido y un carácter funerario, e incluso cristiano, para la composición, con o sin el sarcófago central del que habla López Ferreiro y aunque se dude o discrepe en la identificación del cuerpo enterrado. Donde se registran las mayores divergencias, dejando a un lado las cuestiones de fe, es en la cronología de este mosaico, para la cual se ofrecen básicamente tres alternativas. La primera es la tesis defendida por F. Acuña Castroviejo y pasa por una consideración como obra inscribible dentro de lo paleocristiano y con unas fechas que llevan al siglo IV o momentos algo posteriores (siglos V o VI); este posicionamiento está dentro de un marco de estudio estrictamente arqueológico de los restos musivarios romanos en la Hispania noroccidental. Otra, defendida por I. Millán González-Pardo, con unos parecidos referentes en el resto del orbe romano, apunta hacia una cronología anterior de en torno al siglo II d.C.; una posición que se enmarca dentro de una revisión en detalle de la problemática del edículo apostólico y su posible función como contenedor de los restos del Apóstol Santiago. Finalmente, algunos



autores, moviéndose más en el terreno de la insinuación que de la argumentación, plantearon que pudiera tratarse de una obra altomedieval, coetánea de las primeras basílicas compostelanas y realizado a la par que éstas, con referentes en pavimentación musivaria de esta época, tanto en contextos europeos cristianos como hispanomusulmanes; esta tercera opción es defendida por especialistas en arte altomedieval y en relación al estudio de sus expresiones compostelanas.

J.S.O.

Bibliografía: ACUÑA CASTROVIEJO, E.: "Mosaicos romanos en la España Citerior II. Conventus lucensis", *Studia Arqueologica*, n.º 24, (1976); CHAMOSO LAMAS, M.: "Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago", *Compostellanum*, t. II, n.º 4, (1957), pp. 225-330; GUERRA CAMPOS, J.: *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago*; Santiago de Compostela, 1982; KIRSCHBAUM, E.: "Die Grabungen unter der Kathedrale von Santiago de Compostela", *Römische Quartalschrift*, n.º 56, (1962), pp. 234-254; Ídem: "Das Grab des Apostels Jakobus in Santiago de Compostela", *Stimmen der Zeit*, CLXXVI, (1965), pp. 352-362; LÓPEZ FERREIRO, A.: *Historia de la S.A.M. Iglesia de Santiago*, Santiago de Compostela, 1899-1905; MILLÁN-GONZÁLEZ PARDO, I.: "El mosaico del pavimento superior del edículo de Santiago y su motivo floral. Aportaciones al estudio de la tradición jacobea", *Compostellanum*, XXVIII, (1983).

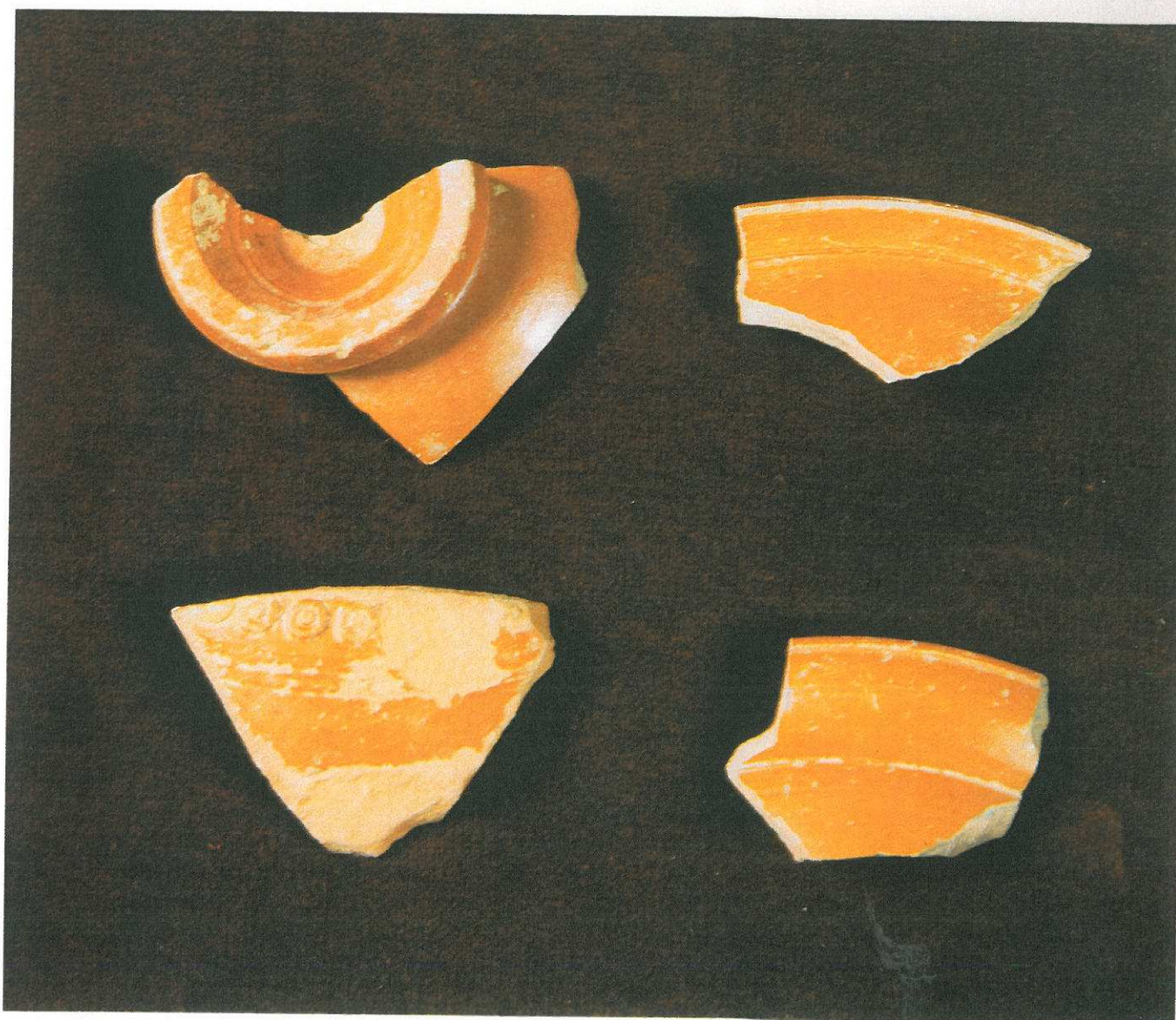
UN POBLADO ROMANO EN COMPOSTELA.
 SIGLOS I-II D.C. CERÁMICAS. VARIAS MEDIDAS.
 SANTIAGO. MUSEO DE LA CATEDRAL

Selección de cerámica romana de época altoimperial (siglos I-III) procedente del registro arqueológico del subsuelo de la Catedral e inmediaciones. La muestra elegida fue exhumada por don Manuel Chamoso en unos sondeos realizados en la plaza de la Quintana, muy próximos a la Puerta Real de la Catedral. Representan a los horizontes más antiguos de la ocupación romana (ca. fines del siglo I a fines del siglo II) y son las expresiones mejor conservadas de la misma.

Fragmentos de vajilla de lujo de tradición itálica, pero ya realizada en la península, concretamente en los alfares riojanos de Tricio. Se trata de una cerámica hecha a molde a partir de unas arcillas seleccionadas y depuradas a las que se recubre de un característico barniz rojo, o en colores afines. Los ejemplos presentes responden a bordes de las formas que convencionalmente se conocen como Dragendorf y 36, y un fragmento de fondo que puede corresponder a cualquiera de estos dos ejemplos, cuya frecuente asociación hace pensar que responden a un servicio de mesa estarizado —copa y plato—, a la que se añade el fragmento de la parte inferior del cuerpo de un cuenco decorado tipo Dragendorf 37. Otros dos fragmentos de color gris, superficies pulidas y una decoración bruñida, corresponde a otros tantos vasos de pequeño y mediano tamaño, respectivamente, y forma cerrada tipo jarra, el primero y más imprecisa en el segundo. Otro fragmento de pastas claras refleja una imitación de la *terra sigillata* tipo Dragendorf 27, pero realizada sobre formulas más simples. Finalmente, un pequeño fragmento con decoración plástica a base de cordones horizontales, dispuestos en lo que debe ser la parte alta de la panza de un recipiente de forma desconocida, responde a la alfarería de tradición local que responde a pautas de la cultura autóctona de la Edad del Hierro.

Se trata de una pequeña muestra del amplio contenido arqueológico de la ocupación romana en el actual solar de los edificios catedralicios y su entorno inmediato. La selección afecta a la cerámica de lujo, basada fundamentalmente en las producciones de *terra sigillata* hispánica de los alfares riojanos, pero a la que se añaden ejemplos de cerámicas pintadas hispanorromanas, de posible origen meseteño, o de las conocidas como “paredes finas”, que proceden en su mayoría de la producción realizada en lo que actualmente es el ayuntamiento zamorano de Melgar de Tera. También se incluyen cerámicas de uso común todavía en el ámbito de una tradición culturalmente inscribible dentro de lo romano, que posiblemente respondan a la temprana implantación de dicha tradición en la alfarería del nuevo marco urbano del noroeste, especialmente, dada su proximidad y ascendencia social y administrativa, en *Lucus Augusti*. Finalmente, añadimos alguno de los escasos ejemplos de la presencia de productos de la alfarería tradición local, cuyas raíces están en el mundo castreño de la Edad del Hierro, pero que aquí se nos presentan en manifestaciones ya tardías —siglo I a.C. / siglo I d.C.— dentro de esa alfarería.

El conjunto, que es representativo de lo que acontece en el conjunto del registro arqueológico de la Catedral, responde a una demanda dominada por unos hábitos y/o gustos que se enmarcan dentro de lo estrictamente romano, por lo que



podemos asegurar que atienden a las necesidades de una población de origen romano o muy romanizado. Estas circunstancias hablan de una fuerte y temprana romanización de la zona, avalada por la presencia del importante núcleo de Iria Flavia —cuyos orígenes son algo anteriores: fines del siglo I a.C. o inicios del I d.C.—, o la implantación de la red viaria romana: miliario de Calígula en las cercanías de Compostela. Un proceso de aculturación al que tampoco debió ser ajeno la llegada de pobladores foráneos procedentes del ámbito cultural romano, que aparece bien reflejado en la epigrafía de la zona, y que traerán con ellos hábitos cotidianos, gustos estéticos y manifestaciones ideológicas que precisan de unas realizaciones ajenas a lo existente en el mundo autóctono.

J.S.O.



CUENTAS DE COLLAR Y COLGANTE.

CA. SIGLOS IV–VI. PASTA VÍTREA, VIDRIO Y MALAQUITA. VARIOS TAMAÑOS.
SANTIAGO DE COMPOSTELA. MUSEO DE LA CATEDRAL

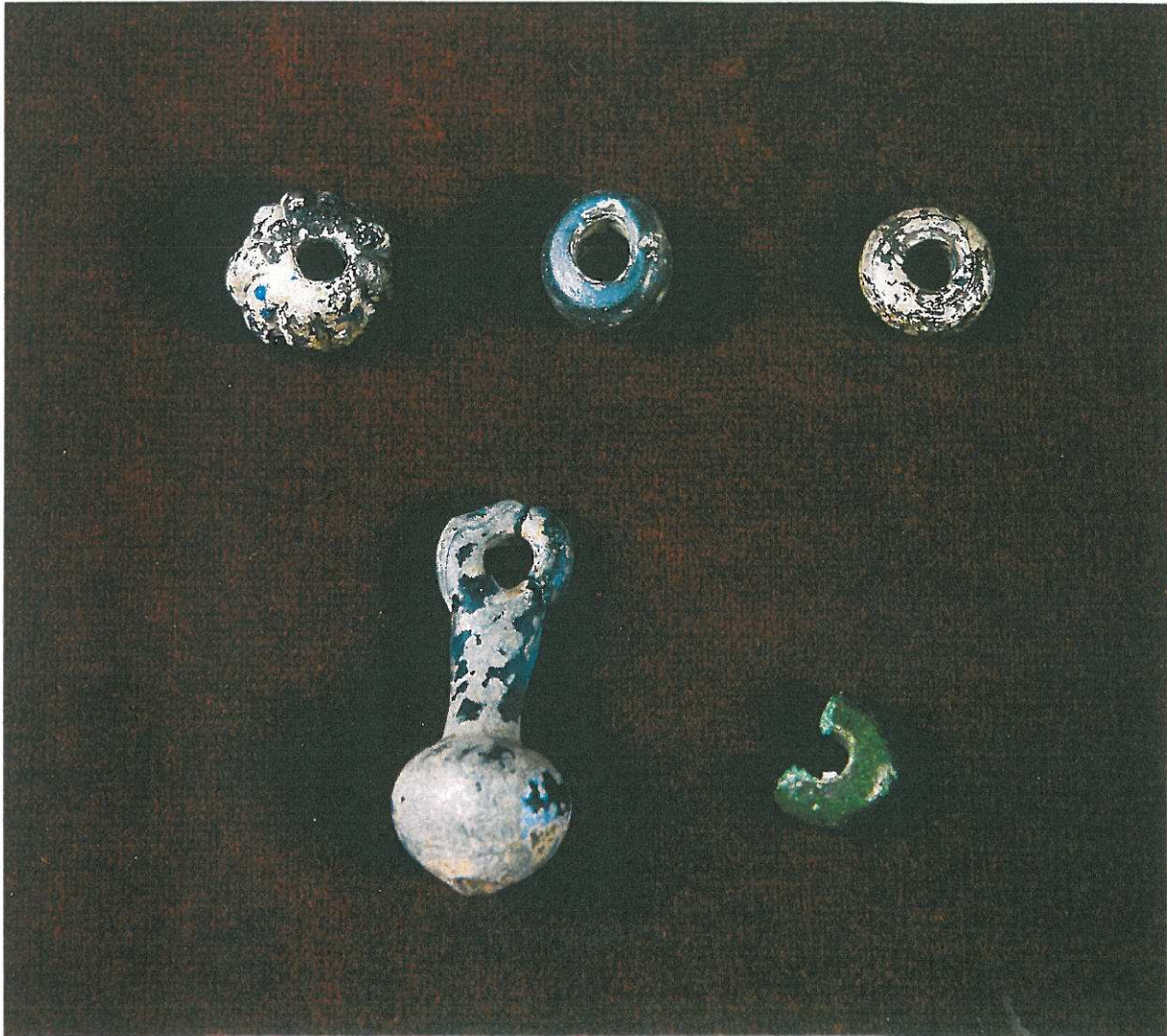
Este grupo de piezas en pasta vítrea y malaquita constituye el conjunto de objetos más representativos del relativamente escaso registro arqueológico del edículo apostólico. Fueron halladas en su mayoría durante las exploraciones de López Ferreiro entre 1878 y 1879. Se trata de tres cuentas de pasta vítrea, una de ellas cilíndrica y con decoración gallonada, otra con tendencia a discoidal y estrías en la superficie externa y la última troncocónica aunque bastante irregular en su definición. Dos cuentas más realizadas en malaquita, una de tendencia discoidal y amplio agujero central y otra de dimensiones muy reducidas, que se vino a sumar a las anteriores con motivo de los sondeos realizados en 1950 por M. Chamoso en el edículo. A estas piezas se añade un curioso objeto de vidrio en forma de colgante (44 mm de largo) y compuesto por un aro para sujección, un vástago cilíndrico y un remate globular con tendencia hacia lo cordiforme.

El conjunto parece corresponder, al menos en lo que se refiere a las cuentas, a un collar, quizás una única pieza que habría que relacionar con algunas de las utilidades del edículo como espacio funerario. La cronología de este tipo de piezas resulta problemática por su amplitud, con unos parámetros temporales que arrancan del siglo IV, cuando menos, y perduran hasta el VII, y con el inconveniente añadido del escaso conocimiento de su implantación y evolución en el ámbito gallego. En las áreas próximas a Galicia, como la meseta norte, aparecen en necrópolis de inhumación tardorromanas (siglos III–IV) o en necrópolis hispano-visigodas.

En cuanto al colgante, se ha venido proponiendo a partir de López Ferreiro una identificación como badajo de una campanilla de cristal. Este investigador realizó esa propuesta a partir de ejemplos conocidos en el contexto de las catacumbas romanas, otorgándole una adscripción paleocristiana y una funcionalidad funeraria. Sin embargo, no se puede descartar su identificación como pieza central de un collar, en este caso probablemente la misma pieza a la que pertenecerían las cuentas. Ante esta problemática identificación resulta atrevido cualquier apunte cronológico, pero de aceptarse una relación con las cuentas, fuese ésta directa —partes de un mismo collar— o indirecta —ajuar o implementos asociados al ritual funerario—, hemos de pensar en una cronología semejante en ambientes tardorromanos o altomedievales: una intrusión en el edículo en un ambiente funerario de difícil identificación.

J.S.O.

Bibliografía: GUERRA CAMPOS, J.: *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago*, Santiago de Compostela, 1982; LÓPEZ FERREIRO, A.: *Historia de la S.A.M. Iglesia de Santiago*, Santiago de Compostela, 1899–1905.



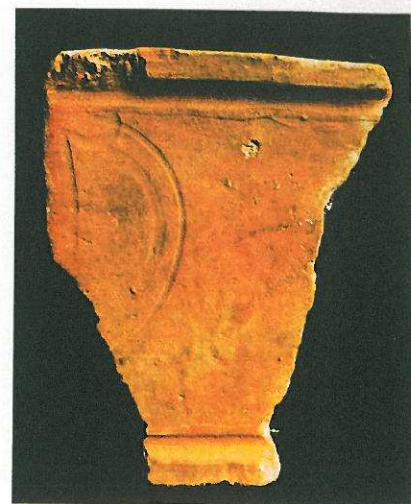
CERÁMICA CONSTRUCTIVA ROMANA Y ALTOMEDIEVAL.

CRONOLOGÍA IMPRECISA ENTRE EL SIGLO I Y EL VII D.C. BARRO COCIDO. VARIOS TAMAÑOS. SANTIAGO. MUSEO DE LA CATEDRAL

A lo largo del subsuelo de la Catedral es frecuente la aparición de restos constructivos realizados en cerámica, que por sus características técnicas son adscribibles al mundo antiguo y, en ocasiones, quizás también al altomedieval. En prácticamente todas las intervenciones arqueológicas efectuadas en la Catedral y su entorno se han hallado restos de tégulas —la característica teja plana romana—, por lo general muy fragmentada, con su típica forma rectangular de lados mayores apestañados y en ocasiones con marcas o signos. Mucho más frecuentes son los ladrillos, prismáticos pero de distinto tamaño y elaboración. También se detecta la presencia de losas pavimentales, por lo general cuadradas y no muy gruesas, pero también rectangulares y gruesas; su función es básicamente pavimental aunque en ocasiones pueden confundirse con los ladrillos por cumplir funciones más propias de estos, *v. gr.* arcos. Estas dos últimas fórmulas resultan más difíciles de adscribir cronológicamente, debido a su ubicuidad cultural; un problema que se agrava en el caso de los restos de tejas curvas, unas veces *imbrices* romanos, pero en la mayoría de los casos resultado de la implantación medieval de este sistema de cubrición.

La aparición de estos restos surge en buena medida dentro de horizontes arqueológicos que significan la destrucción, y en ocasiones también mezcla y traslado, de otros más antiguos. Esto se refleja en la dispersión de los hallazgos, así como en la conservación de los mismos, por lo general con una importante alteración de su estado original. Así los encontramos en las remociones que desde la Alta Edad Media se produjeron en torno al edículo apostólico, en los rellenos de la Catedral románica, ya del siglo XII, o incluso en los rellenos del claustro actual, construido en el siglo XVI. Estos que aquí presentamos proceden de una escombrera existente en la parte baja del ala meridional del claustro y representan, probablemente, un traslado de materiales con motivo de alguna obra en el interior de la Catedral; la recuperación de estos materiales se produjo en 1987 dentro del actual espacio museístico de la Catedral, en las excavaciones realizadas por G. Meijide y E. Rey en la sala conocida como de “la buchería” y formando parte de una acumulación de escombros posterior a la construcción del claustro renacentista: su relativo buen estado de conservación indica una procedencia de un espacio poco alterado previamente y un traslado directo al contexto en el que finalmente aparecen.

Sin embargo, estas cerámicas aparecieron también formando parte de estructuras antiguas conservadas en su ubicación original. En estos casos nos enfrentamos todavía a dos posibilidades. La primera aparece cuando estas piezas conforman o ayudan a conformar estructuras que no fueron para las que en origen habían sido pensadas, convirtiéndose en material reaprovechado en un momento distinto al de su contextualización primaria y comporta la destrucción de la misma. Ejemplos de reaprovechamiento de estos materiales los encontramos en el ámbito funerario, en el que, por otra parte, resulta más fácil distinguirlo: tumbas medievales que reaprovechan ladrillos o tégulas para construir unos muros para los que generalmente se usan otro tipo de materiales. También aparecen reaprovechados



en construcciones, acompañando a piedras en buena medida también reaprovechadas de estructuras anteriores: es el caso de algunos muros de cronología imprecisa, pero también de canalizaciones de agua altomedievales.

Finalmente, algunos ejemplos parecen hallarse en su posición primaria, formando parte de la estructuras que fueron su razón de ser original. No siempre es fácil diferenciar con seguridad estos casos, puesto que con los restos de estructuras desaparecidas pueden realizarse otras *ex novo*, en la que estas cerámicas cumplan funciones parecidas a las originales: un pavimento, un arco, una tumba etc. Además, la costumbre en el uso de estas cerámicas aunque se remonte a la antigüedad tiene una amplia vigencia en la Alta Edad Media, como evidencia la arquitectura prerrománica asturiana que hay que tener especialmente en cuenta por su presencia en Compostela, salvo las téglulas cuyo uso no debe remontar el siglo VII d.C. Ejemplos de posible o incluso probable conservación *in situ* son los restos de pavimento de losas de cerámica en el edículo apostólico, las tumbas de ladrillos de la necrópolis tardoantigua y tempranomedieval, los restos de arco o pavimentación de las estructuras edilicias halladas bajo el brazo sur del transepto de la actual basílica compostelana.

J.S.O.

Bibliografía: MEIJIDE, G. y SEARA, E.: Excavaciones en la Catedral de Santiago, *Arqueología*, Madrid, n.º 12, (1988).

DENARIO DEL EMPERADOR TIBERIO.

14-37 D.C. PLATA.

SANTIAGO DE COMPOSTELA. MUSEO DE LA CATEDRAL

Esta moneda formaba parte de un tesoriillo de más de medio millar —entre 550 y 600 según estimaciones de quienes lo dieron a conocer— de denarios de Augusto y Tiberio hallado en Ortoño, lugar de la parroquia de San Juan de Ortoño (Aytº de Ames), en las proximidades de Santiago de Compostela. Este conjunto, apenas conocido por haberse perdido casi en su totalidad, apareció dentro de un recipiente cerámico, cuyas características parecían diferenciarlo de la cerámica indígena, oculto en una pequeña fosa excavada en la roca base y cubierta por una losa. Las monedas, exclusivamente denarios y en una pequeña parte fragmentadas, presentan cuatro variantes, dos de Augusto y tres de Tiberio, con representación joven y adulta, respectivamente, de cada uno de ellos; características, éstas últimas, que sitúan la ocultación del conjunto en un momento entorno a los años 30-50 d.C.

La pieza que aquí presentamos responde a una de las variantes de Tiberio, que muestra en el anverso la cabeza del emperador, ya en edad avanzada, a derecha, y en el reverso a su esposa Livia, sentada y con lanza en la mano derecha. El estado de conservación es bastante bueno, salvo cierto deterioro en el reverso. Constituye la única pieza hoy accesible de ese importante conjunto que, según las noticias de que disponemos, se dispersó hacia el coleccionismo privado, fuese directamente o a través del mercado de antigüedades.

Este tesoriillo podría ser otro buen indicio del grado de romanización que había adquirido la zona en el siglo I d.C. Una concentración tan importante de moneda de plata para época tan temprana sólo ocurre en el noroeste hispánico en relación con los grandes centros urbanos o a las explotaciones auríferas de la Gallaecia oriental, aunque existen algunos indicios de que la costa también pudo participar de esta llegada de numerario romano, v.gr. el tesoriillo de sesenta denarios de Cálago (Vilanova de Arousa, Pontevedra). Tampoco debemos olvidar que la presencia de moneda de los primeros tiempos del imperio también se registra en otros enclaves próximos a Ortoño, como serían los casos de Iria y el Castro Lupario, lo cual, unido a la temprana formación de Iria como núcleo poblacional de nueva planta y dentro del ámbito romano, nos impulsan a entender al tesoriillo de Ortoño como expresión de la implantación cultural romana en la zona y no como un episodio aislado en relación a contactos de carácter comercial entre el mundo indígena y el mediterráneo.



Más difícil resulta aproximarse a las causas concretas de una acumulación tan importante de monedas de plata, así como a las que motivaron su amortización. Para las primeras tendríamos que conocer las claves económicas y sociales presentes en el proceso aculturador romano del área en causa. Nos referimos a qué tipo de actividades económicas se desarrollan y cómo se integra en las mismas la población autóctona. En cuanto al hecho en sí de la ocultación, no parece deberse a una situación de inestabilidad, ni por cronología ni por las cuidadas condiciones en las que parece efectuarse; sin embargo, ofrece concomitancias con ciertas ocultaciones de objetos de especial calidad que con carácter ritual se realizan en los últimos tiempos de la cultura castreña, en aquellos en los que empieza a dejarse sentir de manera clara el proceso romanizador.

J.S.O.

Bibliografía: CAAMAÑO, B. y DEIDE, B.: "Hallazgo de monedas romanas en Ortoño", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXVI, n.º 79, (1971), pp. 120-122.

PLACA FUNERARIA DE BRANDOMIL.

CA. SIGLO II D.C. GRANITO. ANCH. CA. 130 CM (CONSERVADO 115 CM);

ALT. 66 CM.; GROS. 20 CM.

ZAS (A CORUÑA). AYUNTAMIENTO

Placa funeraria en forma de frontón que formaría parte de una estructura funeraria tipo mausoleo o similar. Lamentablemente la pieza apareció dislocada de su contexto arqueológico original, sin que conozcamos las características ni tan siquiera la ubicación exacta del mismo: apareció como material reaprovechado en las paredes de una casa hoy desaparecida. No obstante, contamos con su integración en un enclave rico en inscripciones romanas en torno al actual lugar de Brandomil, si no en el mismo, dado que la mayoría de los hallazgos pasaron a formar parte de las paredes de las casas allí existentes. La pieza tiene forma triangular y presenta un buen estado de conservación, salvo un pequeña pérdida en su ángulo inferior derecho, que apenas afecta a una inscripción de buen ductus y fácil lectura, salvo en sus últimas letras: D(is) M(anibus) S(acrum)/ Fabricius/ Saturninus/ an (orum) XV HIC SEP(ultus) ES[IT], según el dibujo realizado por Luis Monteaudo antes de dicha pérdida. Más difícil es la atribución cronológica de esta pieza, pero atendiendo a sus características formales y epigráficas podría proponerse una fecha en torno al siglo II d.C. Otro rasgo a tener en cuenta es la presencia de onomástica de carácter latino, tanto en contenido como en presentación, lo que habla de un contexto social culturalmente romano o muy romanizado.

En la intención de dibujar un posible contexto romano para el mausoleo apostólico, hemos elegido esta pieza de Brandomil, principalmente por su marcado carácter monumental. La forma y sus dimensiones no dejan lugar a dudas sobre su correspondencia con un tipo de tumba que necesitaba de una determinada, aunque no fácilmente determinable, conformación arquitectónica, lo que la aparta de las fórmulas más simples y extendidas en el noroeste hispánico, basadas en la presencia de la estela funeraria hincada verticalmente al lado del enterramiento, fuese éste de incineración o, sobre todo en la bajarrromanidad, de inhumación. El desconocimiento de otros restos de esta estructura funeraria, que posiblemente aún puedan continuar en su posición original, nos impide definirla. Definición que, además, resulta más difícil si atendemos a la diversidad que este tipo de fórmula funeraria compleja alcanzó en el mundo romano y que aparece reflejada en el propio ámbito hispano —mausoleos en forma de altar o de varios pisos escalonados, monumentos turriformes, tumbas en forma de templo, recintos funerarios etc.— y si, por otra parte, tenemos en cuenta que no se conoce en detalle hasta el momento ninguno de los ejemplos que, por los restos epigráficos conservados, sabemos existieron en la Gallaecia. A pesar de todo ello, cabe apuntar en este caso la existencia de una tumba en un pequeño edificio, quizás tipo templo, del que conservamos el frontón de su fachada.

En definitiva, la placa funeraria en forma de frontón de Brandomil atestigua la existencia de mausoleos funerarios en época romana altoimperial en el noroeste de la Gallaecia. Lo hace, además, asociándolo a un tipo de asentamientos que presentan una serie de constantes —importantes conjuntos epigráficos, presencia de



Dibujo de la pieza
antes de su actual deterioro.
Cortesía Luis Montegudo

población autóctona, expresiones culturales no indígenas— avaladoras de su importante papel en la romanización de la zona y de su función en la reorganización social y económica de la misma. Nos referimos a núcleos secundarios en relación al sistema de comunicaciones que se comienza a crear a partir de la definitiva incorporación del noroeste hispano al orbe romano, especialmente el viario, al que a veces se unen funciones de tipo portuario, caso de Iria o Brigantium. Esta posible interpretación como *mansio viaria* es el nexo básico existente entre Brandomil, identificado con la Grandomiro de la *via XX per loca marítima*, y Compostela para la que diversos autores proponen su identificación con Asseconia, en la *via XIX*; nexo que explicaría la existencia de mausoleos funerarios complejos en ambos lugares.

J.S.O.

Bibliografía: BOUZA BREY, F: Nuevos epígrafes de la Galicia romana, *Boletín da Comisión Provincial de Monumentos de Ourense*, n.º 12, (1939), pp. 193- 202; PEREIRA MENAUT, G. (dir.): *Inscripciones romanas de Galicia, I. A Coruña*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 1992.

ISBN (obra completa): 84-453-2451-9
ISBN (volumen) 84-453-2470-5
D.L.: S. 556-1999